

4. La función del pensamiento económico dominante

La economía como área de conocimiento científico se presenta como las posibilidades de asignar medios siempre previos al logro lógico de fines alternativos. Es definición la cual es la función de la economía es la comúnmente aceptada en el ámbito académico, pero que si esto no fuera así, estuviera sirviendo más para ocultar, que para racionalizar, una realidad que responde a unos intereses bien guardado y bien defendidos a través de una ideología conservadora del status quo que lo genera, como sugiere Naredo¹.

La extensión del capitalismo encontró su principal fuerza en el bastión ideológico, revestido de ciencia, del status quo capitalista dominante en el mundo y su principal flaqueza reside en que esta función degrada su capacidad de interpretación y predicción de los problemas del presente, socavando su propio estatuto científico.

Donde pretende llegar es a que las ideas normales de sistema político y de sistema económico generan una red analítica inadecuada para comprender los problemas del mundo actual, pero muy útil para defender los intereses dominantes. Para ello debemos recordar que las ideas de sistema político y económico surgieron y se afianzaron separándose de la moral presuponiendo que el afán de acumulación y de mantener poder es algo irrefrenable en el hombre.

El Estado aparece como árbitro supremo y garantiza el respeto de la propiedad y la libertad individual, mediante reglas de juego que rigen ambos sistemas y que asegura la paz y el bienestar social. La cuestión empieza a disociarse en el momento en que se consigue limitar el poder perseguido por

líderes y partidos políticos y no se consigue limitar el poder económico

donde el objetivo principal es la consecución de riqueza.

La dimensión de los Estados

Es una cuestión comprometida a merced de los poderes económicos, en los

últimos tiempos estamos asistiendo a la ruptura del vínculo que unía al

Estado con el dinero, al permitir su creación a las empresas privadas en un

sentido amplio y despojar al Estado del poder privativo que mantenía sobre

la creación de dinero y como medio básico para reforzar su poder político.

Este cambio responde al nuevo predominio de la economía sobre la política y

de las organizaciones empresariales sobre los Estados.

Curiosamente la globalización de los mercados financieros abre al

capitalismo transnacional la posibilidad de comprar el mundo apoyándose para

ello en el ahorro que el mismo mundo genera y que se dirige a los mercados

financieros a comprar los pasivos que emite ese capitalismo transnacional. A

la vez la situación económica privilegiada de los países ricos, donde se

ubican las sedes de las empresas y mercados transnacionales residen en buena

salud de sus propias divisas, cuya cotización se apoya en el ahorro foráneo

que acude a comprarlas para colocarse en cuentas corrientes u otros activos

financieros emitidos por ellos. Por lo tanto, como no podía ser de otra

manera, a estas organizaciones transnacionales no les interesan. Estados

sobredimensionados con capacidad regulatoria que controle estos movimientos

de capital ya que generaría su autodestrucción por la lógica sobre la que

están montados.

De esta manera la mencionada globalización nos arrastra hacia el predominio

de un juego económico de suma cero, en el que las ganancias de unos y otros

han de ser sufragadas por otros. Con la salvedad de que la tendencia al

crecimiento continua de la burbuja financiera mundial permite mantener entre los jugadores la idea de que se está produciendo un enriquecimiento generalizado.

La eliminación de las trabas que las fronteras nacionales ponían al movimiento de capitales está posibilitando una expansión sin precedentes de compras de propiedad y empresas por parte de grupos transnacionales que disfrutaban de posibilidades de financiación hasta hace poco inconcebibles. Al predominio de la economía financiera sobre la producción de la misma se añade el desplazamiento desde la acumulación primitiva hacia la que está llevando a cabo el capitalismo supranacional a partir de las propiedades de los estados y del capitalismo local. Por lo tanto, se observa un claro divorcio entre las maneras de actuar y de financiarse del capitalismo transnacional, que opera sin actividad ni patria definida, y el capitalismo local, ligado a actividades ordinarias territorializadas.

Con la paradoja de que la gran oportunidad compra de que dispone el capitalismo transnacional sobre el mundo se apoya en el crédito que éste le otorga como una forma natural de actuación.

El papel de las nuevas tecnologías en los medios de comunicación

Hoy son las empresas y holdings privados lo que plantean dominar el mundo y amasar enormes botines. Nunca los amos del mundo han sido tan numerosos sin portentosos.

Como sugieren Benjamin Constant², Thorstein Veblen³, el comercio estaba llama a sustituir a la fuerza como medio de aproximación de riquezas en el mundo cuyo instrumento sería la empresa nómada. Para conseguir que se aplique hacían falta dos requisitos, primero la actual revolución de las comunicaciones que diera el espaldazo final a la revolución de los

transportes, permitiendo una verdadera globalización de los mercados y en segundo lugar hacía falta fe en los mercados para eclipsar las consecuencias negativas de tal globalización y hacer entrar en razón a los Estados para que levantaran las trabas al comercio internacional de mercancías y facilitarse la desregulación en el movimiento de capitales, aunque ello fuera en detrimento de su propia soberanía.

Como consecuencia se ha levantado por todos los confines este modelo de empresa nómada transnacional, que ve en las organizaciones y holdings empresariales un mero instrumento para la adquisición de dinero y de poder.

En este contexto el dinero está perdiendo el papel tan determinante que había adquirido, pero la expansión y divenificación de activos líquidos, y la transparencia electrónica de fondos, hicieron obsoleta la tenencia de dinero por motivos de transacción y precaución. Lo mismo que el poder se apoya hoy más en la capacidad de emitir pasivos o "valores virtuales" que todo el mundo acepta, que en la acumulación del dinero mismo mediante actividades productivas ordinarias.

El sistema político. Un sistema funcional

La democracia, si va acompañada de la eliminación de las trabas económicas a la libre entrada de capitales y productos, y facilitando la subordinación de los países a los dictados del capital transnacional, resulta perfectamente funcional a los poderes establecidos pero con ello el sistema político se desacredita, al tener que estar los gobiernos más pendientes de practicar políticas más acordes con los intereses del capital transnacional, del que dependen, que de mantener sus procesos electorales.

Hasta la capacidad de crear dinero y de endeudarse de los Estados se ve ahora continuamente vigilada, limitada y llegado el caso, penalizada por

éstas. Pues son estas las que manejan, en era de la globalización, los recursos económicos más libremente, en cantidades mayores que los Estados y los sometan cada vez más a sus dictados para facilitar sus negocios.

Esto ha dado lugar a lo que Ramonet denomina Regímenes Globalitarios.

Europa, Japón y el fantasma de Keynes⁴

Para evitar un arbitraje que tiende a remendar las intervenciones de los bancos centrales, los países precisan poner obstáculos frente a los movimientos indeseados de inversión y retirada de fondos en su moneda. Eses es el principal propósito de los impuestos sobre transacciones de divisas que se están estudiando en todo el mundo.

La protección sobre una globalización financiera extrema es esencial para mantener una política económica sólida.

La austeridad contra la irrestabilidad notoria no es un ingrediente esencial para solucionar las crisis económicas nacionales e internacionales.

Las economías con problemas precisan de reformas estructuradas con programas de recuperación inmediata.

Japón es un ejemplo clarísimo. Sin estancamientos y sus recesiones son la consecuencia de una increíble incompetencia en política macroeconómica básicamente por⁵: la pasividad de las autoridades niponas ante la situación económica de su país; el retroceso económico generalizado de los países asiáticos; la caída del precio de las materias primas y de los productos energéticos; la modificación de las ventajas comparativas a consecuencia de las devaluaciones de las divisas asiáticas y el nerviosismo imperante en los mercados de capitales y de divisas.

De hecho, los socios de Japón en el G-7 han estado pidiendo que aplique políticas Keynerianas. Es necesario más gastos público y privado, incluso

gasto que genera déficit, a gran escala y de manera sostenida, tanto para consumo como para inversión.

Es necesario suspender todas las consignas a favor del ahorro hasta que la economía japonesa recupere las expectativas empresariales y las inversiones.

El gobierno del país debería transferir unilateralmente grandes cantidades de yenes a otros países asiáticos o a otros países pobres del mundo, para proyectos de desarrollo y alivio de la pobreza, a cambio tan solo de que esos yenes se gasten en Japón.

En definitiva, carece de fundamento pensar que los problemas bancarios causaron el desastre japonés o que su resolución restaurará la prosperidad, en este sentido el fantasma de Keynes planea sobre Europa y Japón.

El naufragio de los dogmas liberales⁶

"El modelo americano es atacado por todas partes, el mercado está siendo percibido cada vez más como el enemigo del crecimiento. Las naciones se vuelven atrás como reacción a una de las mayores destrucciones de riqueza nunca conocidas".

Tras la crisis de los setenta llegan al poder los doctrinarios neoliberales (Margaret Thatcher en 1979, Ronald Reagan en 1980, y Francois Mitterrande en 1981). Teniendo en cuenta la falta de cultura de los dirigentes occidentales y la alarmante mediocridad de los medios de comunicación que les informaban, se puede preguntar cómo, a partir de los ochenta, tantos "expertos" hayan podido imponer la idea extravagante de que la historia habría dejado de contar, que cada sociedad no era más que una arcilla moldeable por las "leyes de economía, que la comunicación y el mercado iban a disolver las diferencias entre las naciones, indicando el camino de una modernización cimentada en una feliz mundialización.

Con este pobre programa operativo y con cuatro bastos elementos para actuar, (desreglamentación, privatizaciones, bajada de impuestos y librecambio) las organizaciones económica internacionales buscan transformar el mundo a imagen del "modelo anglosajón".

Sin embargo, tal y como señala un neoliberal desengrandado "Propagar el capitalismo no constituye simplemente un ejercicio de ingeniería económica. Es un ataque contra la cultura, la política de otras regiones que hace casi inevitable un choque".

Fue sobre todo la administración del presidente Clinton la que a partir de 1993, a la vez por falta de proyecto estratégico y por falta de medios, decidió reducir su política exterior a una política comercial y financiera. Exigió por todas partes la apertura de los mercados extranjeros a las exportaciones de mercancías y de capitales.

Un semanario de corte liberal como The Economist acuerda ahora: "El descenso según el cual los capitales, que sin considerar los riesgos a los que se exponen, se precipitasen a los mercados emergentes, después, sin preocuparse por las consecuencias a largo plazo, se retirasen de golpe, delimita bastante bien la realidad. Incluso aunque las cosas no se agraven, las consecuencias de tales errores son ya desastrosas. La idea de reglamentar los flujos financieros no está provista pues de pertinencia".

En esta línea, Anthony Blair no ha encontrado todavía esa idea, cuando hace saber que "la solución a los problemas financieros no reside en las tentativas mal inspiradas que apuntan a controlar el comercio y los mercados internacionales.

Otros continúan empeñados en que los países golpeados por la crisis son responsables de que les haya pasado, que no se trata, en definitiva, más que

de "la dura y justa ley de los mercados financieros". Prueban lo que se entreveía ya: el liberalismo es más que una suma de prescripciones económicas; es también una cultura, una moralidad particular. Pero, desde ahora, incluso algunos de sus partidarios más dogmáticos y más cínicos redescubren las virtudes del Estado cuando este trata de proteger capitalismo de sus pulsiones autodestructivas, hasta el presidente Clinton comprende que "una transición económica dolorosa, emprendida sin una red de protección social adecuada puede sacrificar vidas en nombre de una teoría económica. No hay que obsesionarse con los destellos de lucidez de las clases dirigentes cuando el próximo presidente del Banco Central Europeo Win Duisenberg, desprovisto actualmente de brújula y de modelo admite así su desconcierto ante la tempestad financiera: "Hacemos lo que podemos, pero no hay gran cosa que podamos hacer".

Los guardianes del orden monetario⁷

Mientras que cada semana, o casi, desde el Verano de 1997, las plazas bursátiles registran una sacudida nueva, las miradas se vuelven otra vez hacia los responsables de los Bancos Centrales, considerados con razón o sin ella como los veladores últimos del orden monetario y de la prosperidad mundial.

Podemos preguntarnos si los saberes y las prácticas en la que se apoyan los dirigentes de los Bancos centrales estarán suficientemente contrastados como para evitar que la economía mundial se salga por mucho tiempo del sendero de crecimiento equilibrado que se supone que ellos deben mantener. Podemos esperar que impulsen una nueva política monetario y financiera susceptibles de remontar las turbulencias ligadas a la aceleración de la especulación, aludida cada vez con más frecuencia, de una próxima recesión mundial, muy

avanzada ya en ciertos países donde comienza a aparecer el hambre.

¿Quiénes son esos seres excepcionales capaces de representar a la colectividad hasta el punto de ser considerados aptos para guiarla, para determinar, junto a los demás responsables financieros, el valor de las monedas, controlar los sistemas bancarios y defender sus decisiones ante los mercados y los ciudadanos?

Indiscutiblemente, la elite dirigente de la política financiera mundial está impregnada de la cultura económica anglosajona que difunden los departamentos económicos de las universidades norteamericanas.

Por su trayectoria escolar y geográfica, los responsables de los Bancos centrales representa un reducido núcleo de altos diplomados en economía, en gestión y más raramente en derecho, para los que el mundo norteamericano es el primer espacio de referencia. Sus vínculos con el mundo de los mercados es más estrecho de lo que cabría pensar de su imagen de neutrales celadores del orden y de Padres Justicieros de los especuladores.

La crisis asiática ilustra la acentuada fragilidad de los Bancos Centrales en un universo donde el poder de los actores de mercado se ha visto desmultiplicado: las reservas de divisas se funden, al igual que las del FMI, sin que la situación económica y social arroja por ahora atisbos de restablecimiento. La devaluación a la que las autoridades monetarias suelen acabar por ceder no es suficiente para evitar el maremo industrial, bancario y social en el que se han hundido sectores enteros de economías hace poco muy prósperas: erigidas en modelos por los celadores del orden Neoliberal. Y lo que es peor; representa el medio más seguro de extender la crisis al resto del planeta, se temen ya las consecuencias de una devaluación en Brasil, confirmada en estos días y en China.

Los guardianes del orden monetario o money doctors de los Bancos Centrales, en línea con las políticas recomendadas por el FMI y por el B, ¿pueden representar a categorías sociales drásticamente empobrecidas cuando no han parado en descalificar como "populistas" la menor sensibilidad ante los efectos sociales de sus políticas económicas?

El presidente norteamericano ha pedido a Robert Rubin, su ministro de finanzas, y a Alan Greenspan que organice una reunión con sus homólogos con el fin de hallar los medios de adaptar el sistema financiero internacional, ¿podemos esperar de ellos la gran reforma financiera internacional que permita asentar un crecimiento económico ecológico y socialmente más justo? En su tiempo, Keynes habría imaginado esta reforma necesaria, pero la mayor parte de los responsables incluidos socialistas y social demócratas, la han olvidado. Supone poner de nuevo en discusión demasiados intereses establecidos como para ser pensada por expertos salidos de otro mundo, el del neoliberalismo triunfante.

La tasa Tobin para dominar la especulación⁸

Solo a través de la fiscalidad se pueden subordinar los flujos de capitales a una lógica de interés general.

A medida que se desmantelan las fronteras, la mundialización erosiona la base tributaria con la que contaban los gobiernos. Socava su capacidad para gravar con impuestos los productos de la especulación financiera. Los beneficios y las inversiones de las grandes empresas. Los capitales de los países desarrollados están en continuo movimiento alrededor del planeta y lo que convierte en extremadamente difícil tanto la definición de los beneficios imposables como la identificación de los Estados a los que se le podría aplicar esos impuestos. Los países menos desarrollados multiplican

los favores fiscales para atraer a cualquier precio las inversiones extranjeras. Las grandes empresas utilizan esas condiciones para exigir una desgravación de impuestos a los que están obligados en sus países de origen. Y la erosión de la base tributaria aumenta lo mismo que las deducciones sobre el trabajo.

¿ Cómo pueden los países seguir la pista de esas transacciones, cuando, como ha escrito The economist "Internet no solo elimina las fronteras, sino que también borra la identidad de las empresas y de los individuos que comercian"?

Así, en 1978, el premio Nobel de Economía, el norteamericano Jamen Tobin propuso una tasa sobre los beneficios logrados durante las transacciones al contado (spot) en los mercados de cambios; en respuesta a los problemas financieros de fines de los años setenta: inestabilidad monetaria después del hundimiento del sistema de Bretton Woods, convulsiones petroleras, hundimiento del dólar, especulación intensa sobre otras monedas y sobre todo el oro, arranque déficit del nuevo sistema de tipos de cambio flotantes. La proposición de James Tobin buscaba alentar la estabilidad financiera haciendo pagar un precio a su especulación.

James Tobin habría sacado su inspiración de uno de los más grandes pensadores del Estado moderno del siglo XX John Marynard Keynes, que, medio siglo antes de la aparición del ordenador personal, y de las tecnologías de la información, escribía con una sorprendente agudeza: "A medida que se perfecciona la organización de los mercados de inversión, aumenta el riesgo de dominio de la especulación. Los especuladores no son peligrosos sin duda en tanto que burbujan en una corriente regular de actividad de la empresa. Pero la situación se hace grave si la empresa se convierte en una burbuja en

el torbellino de la especulación". En lo que ahora se ha convertido en una metáfora popularizada por James Tobin, cuando hablaba de "echar un poco de arena en los engranajes bien engrasados" de la especulación financiera. En definitiva, se trata de aspirar a una mayor justicia y seguridad, ya que las elites utilizan la modernización y la globalización para atacar a los sistemas de seguridad social, a los pobres de los países desarrollados y a los más pobres de los países en desarrollo. Ya es el momento de demostrar que las armas de la modernización pueden ser utilizadas con otros objetivos más altruistas.

La privatización. Respuesta a unos intereses concretos.

El análisis convencional justifica los procesos privatizadores en: la búsqueda de la eficiencia y mejora de la competitividad; es un instrumento para sufragar los déficit públicos y reducir los niveles de deuda, y permite la formación de capitalismo popular. Pero y sí, como sugiere Naredo¹ esta justificación respondiera a una ideología conservadora del status quo que lo genera. Hay voces, dentro de este enfoque neoclásico, que claman en contra de esta propia corriente aduciendo que se ha tendido más a unos objetivos de naturaleza política e ideológica y a una reducción del poder sindical. Por todo esto se hace necesario otra lectura distinta del proceso privatizador a escala mundial.

Desde la crisis de los setenta veníamos asistiendo a una reducción en las tasas de beneficio y, cada vez con mayor desesperación, se trata de dar salida a esta situación y para ello se persigue una desregulación a escala mundial que permita la puesta en explotación de nuevos espacios económicos. Para ello se hace necesario la reducción del tamaño de los Estados y la cesión de su soberanía en materia fiscal, creando espacios económicos

incontrolados que sean caldo de cultivo para la especulación y no sea un obstáculo del crecimiento económico.

Por otro lado, advierte, nuestro conocido profesor López Castellanos⁹, acerca del riesgo de infravalorar los activos enajenados y del deterioro de la situación patrimonial del sector público. Privatizando se corre el riesgo de un trasvase del poder del Estado a entidades financieras y grandes corporaciones privadas multinacionales. En realidad, es el terreno propicio para la Banca, donde en estos días en España asistimos a una mayor concentración del sector con el objetivo de escalar posiciones en el ranking mundial, concretamente con la fusión por absorción del Grupo Santander y el Banco Central Hispano.

La Banca encuentra en este campo alternativas al negocio bancario tradicional en un entorno de tipo de intereses a la baja. La cuestión no merece muchos comentarios cuando por ejemplo, sólo el grupo Banco Santander ha obtenido unos beneficios netos anuales, datos presentados estos días, de cincuenta mil millones de pesetas.

La globalización como proyecto económico¹⁰

Las características permanentes del capitalismo son: Aplicar sin cesar la producción y desarrollarse más allá del ámbito nacional.

En los 70: La reducción de los márgenes de beneficio conduce a un proceso de desregulación a escala mundial, una pérdida de papel central de los Estados Nacionales y una pérdida de capacidad para definir el marco de referencia de una actividad económica mundializada.

– A ello se une un cambio ideológico donde lo que prima es tener una actitud y talante competitivo.

En los 80: Los gobiernos liquidan inversiones improductivas y recortan los

presupuestos sociales. Todo esto ha tenido como consecuencia en la esfera teórica la difusión del modelo Keyneriano y la revaluación del "Neoclasicismo global".

Para Keyneriano el gobierno era el protagonista de la política económica comercial y propugnaba la progresiva liberalización comercial para favorecer el comercio internacional, pero la restricción a la movilidad del capital era necesaria para que tuviera éxito una política efectiva.

Para el Neoclasisismo global su unidad de análisis es el mundo entero y supone un mercado único y cualquier país que pretenda apartarse de la lógica del mercado mundial lo hará en detrimento propio.

La pérdida de las fronteras y la cesión de la soberanía por parte de los estados difumina la propiedad del capital que se desplaza a aquellos lugares donde se obtienen mayores márgenes de rentabilidad y huyendo de áreas con mayores cargas impositivas y mercados financieros regulados. Cuando estos mercados financieros pierden competitividad el capital se desplaza buscando nuevas áreas de rentabilidad, por ello ganar competitividad exige desregular en sentido amplio.

Por lo tanto objetivos de este modelo tenemos la libertad de comercio y la competencia como regulador del sistema.

El principal mensaje del Neoclasisismo Global es que el mercado es inevitable y los gobiernos son impotentes frente al mercado.

Esta idea sugiere si han sido los gobiernos conscientemente los que han contribuido a la formación de estos mercados a través de su poder político o si por el contrario han sido los poderes económicos lo que han forzado a los gobiernos a que se llegue a la situación actual; en este sentido nos posicionamos en el bando de aquellos que piensan que los grandes poderes

económicos a través de su actuación con medidas de presión sobre los gobiernos han conseguido la progresiva desregulación vinculada a los movimientos de capital en busca de nuevos espacios económicos que permitan mantener e incrementar los márgenes de rentabilidad.

Como consecuencia de todo esto el divorcio entre los espacios económicos universalizados y las políticas nacionales (en particular la político/económica) es más que manifiesta y en todo este proceso el gran beneficiario han sido los mercados financieros cuyo desarrollo se ha debido a su capacidad para eludir las restricciones de las políticas nacionales. (fundamentalmente las cargas impositivas). Por todo ello, los mercados financieros son, hoy día, gracias a poderosos movimientos especulativos, los creadores de nuevos mercados, "el sujeto de soberanía" y "el vigilante de la buena conducta de los gobiernos". En este sentido es tal el poder que acumulan los mercados financieros que tienen a los gobiernos sometidos a sus decisiones cada vez con más énfasis.

Ante este hecho se han propuesto establecer en un conjunto de medidas:

- GreenSpan propone la vuelta al patrón oro.
- Tobin, establecer un impuesto a la circulación de capitales
- Delor, frenar la velocidad de circulación del K en los mares de cambios
- Rubén Méndez, creación de una "Bolsa Mundial de divisas" y la formación de un organismo internacional público afiliado al sistema de las Naciones Unidas, con la intrusión de gravar una parte de las rentas generadas por las actividades comerciales transaccionales.

Teniendo presente toda esta realidad lo que si parece necesario es: Según Sindic:

* Establecer fuertes políticas nacionales con objeto de oponerse a la lógica

librecabista de los grupos multinacionales.

* Revisar las políticas e instituciones dominantes.

* Crear un nuevo sistema de regulación de los mercados que garantice los productos nacionales.

Los gobiernos tienen una amplia tarea para regular los mercados:

- Establecer el control sobre los movimientos de capitales.
- Gravar las utilidades especulativas.
- Eliminar los paraísos fiscales.

Paralelamente según Petrella: Hay que desarmar la economía y hay que desvalorizar la competitividad y los indicadores que constituyen el abc del pensamiento económico que alimenta la cultura de la guerra económica.

Desmontar los 2 elementos claves del discurso dominante: El impuesto de la competitividad en tanto e ideología de legitimación de un economismo mercantil vulgar. La idea de racionalidad que la modulización de la economía ha conferido a las acciones y estrategias de las empresas multinacionales.

(1) José Manuel Naredo, Archipiélago/33, pag. 13–26

sobre la función mixtificadora del pensamiento económico dominante

(2) B. Constant, La Pleidade. París, 1957

(3) T. Veblen, Theory of Leisure Class, 1884, trad. FCE, Mexico 1966.

(4) Europa, Japón y el fantasma de Keynes, James Tobin. El País, 12/11/98, opinión.

(5) Boletín de coyuntura económica. Año 2, N°3, Noviembre 1998

(6) El naufragio de los dogmas liberales, Serge Halimi

Le Monde Diplomatique, Octubre, 1998.

(7) Frédéric Lebaron, Le Monde Diplomatique, 8 octubre 1998

(8) Howard. M Wachtel. Le Monde Diplomatique. Octubre 1998

Tres tasas globales para dominar la especulación.

(9) Fernando López Castellanos. La Privatización. Una estrategia en la creación de nuevos espacios económicos. Marzo 1998

(10) Fernando López Castellanos. Mundialización de la economía y pérdida de soberanía de los Estados Nacionales, Santiago de Compostela, 1995.